

¿del imperialismo al socialismo?

JOÃO GUILHERME CORREA DE SOUZA*

El tema del debate protagonizado por Ernest Mandel y Martín Nicolaus ha sido objeto de constante preocupación para los científicos sociales, especialmente para aquellos que se dicen de izquierda: el de los rumbos del proceso capitalista y de su posible desenlace. Ya Marx especulaba sobre el momento crucial de las contradicciones sociales que conducirían a la superación del sistema capitalista, esperándolo, a veces con anhelo inusitado, para la época que le fue coeva, atribuyendo un valor estratégico a ciertos eventos como desencadenadores del proceso de negación del sistema, principalmente en relación a algunos países de Europa occidental, y que, después se constató, habrían de tener un papel bastante pequeño en la agudización de las contradicciones que lo llevarían hacia su destrucción. Frustrando esperanzas inmediateístas, el capitalismo se rehacía de las crisis y tomaba un nuevo ímpetu, como el gato de las siete vidas de nuestra imaginación infantil.

¿Era la realidad que insistía en desmentir el esquema teórico, resistiéndose a encuadrarse en él, o sería que éste se revelaba equivocado en la medida en que expresaba más deseos individuales, inmantados de utopía, que una predicción científicamente fundamentada? El propio Marx mostró de manera lapidaria esas equivocaciones en las que había también caído, y del análisis crítico de ellas extrajo los elementos que corrigieron la visión inmediateísta del proceso y calibraron, a la luz de lo concreto-pensado, las premisas que irían a delimitar las conclusiones de la ciencia. En verdad, la "utopía" de hoy puede mañana transformarse en realidad cuando se constituya en objetivo básico de un querer colectivo impulsado por un grupo social organizado políticamente y cuya acción revolucionaria gravite por los caminos facilitadores que el ámbito de las condiciones materiales ofrecen. La dificultad teórica está en el uso adecuado de las categorías heurísticas del marxismo,

con el fin de deslindar la encrucijada de los acontecimientos y que se pueda detectar el eslabón más débil de la cadena para impulsar de allí la superación del sistema.

Para Mandel la vía eficaz que llevará a la destrucción del capitalismo, se constituye en la intensificación del proceso competitivo entre las naciones imperialistas. Su esperanza y anhelo que enuncia como una premisa científica, es que Europa occidental y Japón pasen a ser autónomos y fuertes en el nivel económico y político para que puedan hacer frente a los Estados Unidos de América y que de la lucha por el espacio económico entre estos famélicos bloques imperialistas resulte su destrucción, o por lo menos su debilitamiento, a través de la agudización de las contradicciones internas, de lo que estratégicamente sacarían ventaja las vanguardias socialistas organizadas para realizar la revolución.

Sin embargo a este tipo de planteamiento sobre el problema del fin del capitalismo se le pueden hacer, por lo menos, dos contestaciones críticas. La primera se refiere al raciocinio de Mandel sobre el carácter de las relaciones capitalistas internacionales y, la segunda, a la dinámica social inclusiva que conduciría el capitalismo hacia su desenlace.

Empecemos por afirmar el error básico de apreciación de la realidad presente en que incurre Mandel, cuando expresa la idea de una prolongación, hasta nuestros días, de la etapa concurrencial del capitalismo, aunque no se efectúe entre empresas individualizadas, sino entre grandes corporaciones monopólicas. Su pensamiento aún se apoya en el antiguo papel internacional desempeñado por los estados-naciones como manifestaciones de esas competencias empresariales y a raíz de cuyas intensificaciones estallaron en nuestro siglo las guerras denominadas mundiales. Continúa, así, integrando a su reflexión la idea de la territorialidad del capitalismo o, si se quiere, del capitalismo territorial;

* Profesor efectivo de Sociología de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Brasil.

es decir, del capitalismo circunscrito a las fronteras de un Estado y que rivaliza con otro capitalismo representado por otro Estado, y esto de tal manera que el imperialismo pasa a ser identificado como una acción expansionista de un Estado sobre otro, u otros igualmente poderosos. La lucha pasa a ser por hegemonías capitalistas territoriales.

Sin embargo esa visión es desmentida por los propios hechos. Algunos cuestionamientos pueden ser ilustrativos: ¿por qué no hay más guerra entre Estados donde domina el modo de producción capitalista altamente desarrollado?, ¿ni escaramuzas?, ¿ni rompimientos o conflictos a nivel diplomático? ¿Será por el proceso acomodaticio del compromiso entre iguales, garantizador de una alianza para la repartición y exploración del mundo de la órbita capitalista, como lo preveía Kautsky, con la formación escandalosa de una Internacional imperialista? ¿O será sólo por el poder disuasivo de las armas? ¿O será también porque las grandes corporaciones penetraron en todos los territorios estatales, rompiendo fronteras, trascendiéndolas y dominando las decisiones económicas y políticas de los Estados-naciones del mundo capitalista?

En la actualidad ya no es adecuado el apodo de "grandes potencias" que, hasta la Segunda Guerra Mundial, era dado a los países imperialistas. Hoy lo que existe son grandes unidades monopólicas de capital, que muy apropiadamente se les dio el co-nombre de "multi-nacionales", lo que correctamente indica su ámbito y su actuación: están en todas las naciones capitalistas, donde haya un mercado para satisfacer, y actúan indiscriminadamente, definiendo desde las relaciones internacionales hasta las políticas económicas y financieras internas (que cada vez lo son menos) de los países, interviniendo hasta en el establecimiento de prioridades sectoriales y ecológicas de inversiones, en la determinación de estímulos fiscales, en la política crediticia, imponiendo consumos, controlando el mercado de trabajo, administrando precios, para apenas hacer mención de algunos puntos básicos relativos a la supresión de la autonomía estatal.

Entre tanto, estas corporaciones monopólicas además de dominar los Estados en sus políticas económico-financieras, también hacen sentir su acción deletérea sobre la constitución de los gobiernos, sus instituciones, su aparato. Para ellas ni más conviene la democracia liberal, pero los regímenes denominados fuertes debido al ejercicio continuado y cotidiano del monopolio de la fuerza física a servicio de sus intereses. De allí la uti-

lización de su poder en las elecciones de ejecutivos gubernamentales y de parlamentos, o para derribarlos y clausurarlos, o para imponer gobiernos-títeres. El planTEAMIENTO no es panfletario, es la realidad que lo es. Basta mencionar el reciente caso de Chile, donde la ITT tuvo un papel determinante. Basta leer las declaraciones de ex-agentes de la CIA, de algunos parlamentarios o de algunos periodistas norteamericanos, sobre el papel de ésta en los golpes de Estado y de sus vinculaciones con las corporaciones estadounidenses, para las cuales llega a prestar asesoramiento en la selección del personal administrativo y de los obreros más calificados, especialmente de aquellos destinados a las sucursales del Tercer Mundo.

De la misma manera la política educativa es tañida por los dedos invisibles de las multinacionales, en la búsqueda de satisfacer las necesidades de mano-de-obra media y altamente calificada. ¿No será un indicador de lo que afirmamos el cambio de orientación educacional en Brasil, México y Uruguay (refiriéndonos sólo a los casos que hemos podido observar directamente) de una formación marcadamente humanista para otra predominantemente técnica?

Así, son las corporaciones monopólicas, y no los Estados-naciones, los dueños del destino de los pueblos que viven bajo régimen capitalista de producción, hoy día. El rumbo tomado por el neo-capitalismo ha afectado profundamente la distribución de la riqueza, creando un foso, cada vez de mayores proporciones, entre las capas sociales de consumo conspicuo y las de consumo de subsistencia y, en consecuencia, entre las industrias de producción de bienes durables (que por el efecto-demostración cada vez son menos durables) y las industrias de bienes de consumo inmediato, denominadas tradicionales, originando el círculo vicioso de la riqueza, una vez que estas industrias dinámicas, además de retener sus voluminosos lucros, soporte de sus políticas expansionistas, polarizan los ahorros de los sectores tradicionales de la producción y del consumo, a través de la red bancaria a ellas vinculadas, por determinación de las garantías y ventajas de retribución que pueden ofrecer. La plusvalía que obtienen es parcialmente repartida entre su clientela a través de bonificaciones, salarios, intereses, créditos, intervenciones indirectas en el sector fiscal (como por ejemplo en las deducciones sobre el impuesto de renta como estímulos fiscales), etcétera, concentrando, de esta manera, la riqueza en el grupo afluente de la sociedad, excluyendo

a los restantes de tales beneficios, cerrando el círculo vicioso de la riqueza.

Otro aspecto de la tesis de Mandel relativo a las relaciones capitalistas internacionales, merece ser analizado: aquel referente a la posición de los Estados Unidos de América en el "proceso de competencia" con Europa occidental y Japón. El autor argumenta que existen posibilidades efectivas y próximas de que los países "imperialistas" de Europa occidental y Japón hagan un frente, y en algunas circunstancias con ventaja, a los Estados Unidos en el nivel económico, creando internamente las condiciones objetivas para una revolución socialista en ese país.

La argumentación se centra en la situación económica y política que viven los Estados Unidos en la actualidad. Alista datos para fundamentarla: el aumento de la capacidad productiva de la industria dinámica de los países del Mercado Común Europeo y de Japón, a través de innovaciones tecnológicas, que no serían acompañadas por las concurrentes norteamericanas que sufrirían un cierto envejecimiento, una vez que "el ciclo vital del capital fijo ha sufrido un acortamiento: la maquinaria es ahora remplazada cada cuatro o cinco años, mientras que acostumbraba a serlo cada diez años en el capitalismo clásico"; la penetración, que sería creciente, en el mercado interno norteamericano de productos durables oriundos de las industrias europeas occidentales y japonesas; el desequilibrio en la balanza de pagos de los Estados Unidos; el continuado proceso inflacionario estadounidense; los enormes gastos improductivos provenientes de la posición de "gendarmes del mundo capitalista" ocupada por Norteamérica; las acentuadas disparidades salariales entre los obreros industriales estadounidenses y los de Europa occidental y Japón, que permitirían a estos países un amplio campo de maniobras en el ámbito de la competencia internacional; el creciente desempleo que afecta los Estados Unidos con sus profundas y extensas repercusiones sociales; la sensible disminución del espacio de penetración para el capitalismo norteamericano, oprimido de un lado por la presencia del mundo socialista, y de otro por el Tercer Mundo, una vez que éste no ofrecería la seguridad necesaria para las inversiones de capital debido a su "desorientación" política, y quizás por algo peor: una revolución socialista. Un indicador de la creciente pérdida de la hegemonía capitalista de Estados Unidos sería la derrota del dólar como moneda convertible en los negocios internacionales.

De cierta forma los hechos reclutados para funda-

mentar el punto de vista del autor, facilitan una crítica que puede utilizar, con alguna frecuencia, las afirmaciones del propio Mandel esparcidas a lo largo de sus dos artículos "¿Adónde va América?" y "Las leyes del desarrollo desigual". Es el propio autor, por ejemplo, que nos dice que "la industria americana disfruta de una real ventaja tecnológica sobre sus competidores europeos y japoneses en algunos campos especiales, tales como computadores y aviación" (sectores que menosprecia, pero que en la realidad son fundamentales en el proceso de acumulación capitalista) y que admite, más adelante, en su artículo-respuesta a Nicolaus, que "no se ha realizado 'ninguna innovación tecnológica revolucionaria'", como había ocurrido en "las dos pasadas décadas... en las industrias electrónicas, de energía nuclear, petroquímicas y de ordenadores", sectores en los que Estados Unidos fueron pioneros y que aún detienen una indiscutible hegemonía y que son los más importantes en la industria moderna. ¿Cómo, entonces, Europa occidental y Japón pueden aventajar a los Estados Unidos, a través de una mayor productividad obtenida por "innovaciones tecnológicas", si éstas "no se han realizado" en los últimos lustros desde el punto de vista cualitativo y si los Estados Unidos continúan soberanos en ramos industriales básicos para la economía mundial?

La creciente penetración europea y japonesa en el mercado doméstico norteamericano en los sectores del acero y automóviles (para citar los ejemplos del autor, los cuales deben ser los más significativos una vez que él los utiliza en favor de sus argumentos) constituyen "un 15 o un 20% del consumo americano" del primer producto y "en una proporción que representa el 10-15% del consumo total anual" del segundo. Las cifras además de no llegar a ser motivo de preocupaciones para la industria americana, revelan cierta imprecisión por el uso del artículo indefinido. Por otro lado la penetración de productos extranjeros en un mercado doméstico no indica necesariamente una posición negativa de la industria autóctona; ella puede ser determinada por la potencialidad de la demanda interna. La retracción de la demanda y la superproducción son indicios más claros de una situación grave para una economía.

Entre tanto en este aspecto los Estados Unidos no están solos, en algunas ramas de su economía: es el propio Mandel quien nos da la noticia en el artículo intitulado "La Profundización de la Crisis del Sistema Imperialista", publicado en julio de 1971 en la revista *Quatrième Internationale*, cuando dice en la traduc-

ción española de Manuel Aguilar Mora (Ernest Mandel, *El dólar y la crisis del imperialismo*, 1974, Ed. Era, la. ed., México, pp. 119-120): "De las siete principales potencias imperialistas, tres de ellas —Estados Unidos, Gran Bretaña e Italia— están en medio de una recesión.

Esto es, ha habido una declinación de la producción industrial en esos países en comparación con el mismo periodo del año pasado. En Canadá, la recesión terminará posiblemente en los próximos meses, y una quinta potencia, Alemania Occidental, sigue un curso errático. Desde el otoño de 1970, los signos que apuntan hacia una depresión se han multiplicado. Pero, en parte, estos signos se han neutralizado por un nuevo impulso en la producción, especialmente de las mercancías de consumo para el mercado doméstico. Por el momento resulta difícil predecir si este impulso representa una interrupción temporal en un movimiento de declinación, o si, por el contrario, se desarrollará en un nuevo ascenso general. Y la situación económica de Francia y los países del Benelux depende en el futuro inmediato de lo que suceda en Alemania.

En el caso del Japón, aunque su economía todavía está en expansión, su tasa de crecimiento ha venido descendiendo marcadamente desde el otoño de 1970. Un exceso de capacidad y los almacenes repletos de mercancías son fenómenos que han aparecido ante todo en las industrias electrónicas (¡1.5 millones de aparatos de televisión no vendidos!), de aparatos eléctricos y productos petroquímicos. En 1970 el número de empresas en quiebra subió a la cifra sin precedentes de 9 500.

¡Qué terribles adversarios tienen los Estados Unidos! ¡Qué desmentido lapidario de una de las tesis básicas del autor, alias un auto-desmentido!

En lo relativo al proceso inflacionario estadounidense, vale preguntar si en los países denominados concurrentes por Mandel también no está ocurriendo este fenómeno. Basta con leer en los periódicos diarios las oscilaciones, casi siempre negativas, del valor de cambio de las monedas de esos países, incluso del "poderoso" marco.

Sobre los gastos norteamericanos resultantes de su papel de policía del mundo capitalista, ¿no es el mismo autor quien afirma que los Estados Unidos poco a poco están delegando esas funciones onerosas, en Europa, a la OTAN (integrada principalmente por sus "rivales imperialistas") y; en el oriente asiático, a Japón (el otro "poderoso concurrente")?, y, es correcto que se

subraye, sin el peligro de estimular el surgimiento de potencias militares que pondrían en cuestión la hegemonía de Norteamérica en ese sector (como lo afirma el autor), una vez que la militarización de esos países se hace bajo el rígido control del Pentágono (¿cuál, entre esos países, posee bombas atómicas, con excepción de Francia, pero con una reserva muy reducida, incapaz, pues, de siquiera de aproximarse a la etapa norteamericana?).

En lo que se refiere a las diferencias asalariales entre los obreros de los "imperialismos en lucha", es Martín Nijolaus quien demuestra cabalmente que los salarios tienden a igualarse, por la presión de los mismos obreros de las industrias dinámicas de tales países, cuyas luchas desencadenadas de forma organizada, revelan poseer una conciencia de clase más acentuada que los obreros norteamericanos.

En cuanto al desempleo, él constituye un elemento intrínseco de la lógica capitalista y no algo exclusivo del capitalismo estadounidense. El propio Mandel es quien afirma en el artículo antes mencionado:

El número total de desempleados en las siete potencias imperialistas más importantes debe acercarse actualmente a los 10 mil millones, una cifra nunca alcanzada desde la Segunda Guerra Mundial (5 millones en Estados Unidos, 1.5 millones en Italia, un millón en Japón, 800 000 en Gran Bretaña, 700 000 en Canadá, 500 000 en Francia...) (p. 120).

En términos relativos las cifras revelarían que la situación de los Estados Unidos no es peor que la de sus "rivales imperialistas".

En lo concerniente a la disminución del espacio de penetración para el imperialismo norteamericano, si vale para éste también vale para los "imperialismos rivales", y no conviene olvidar los recientes acuerdos comerciales entre la URSS y los Estados Unidos, entre China y Estados Unidos, en lo que se refiere al mundo socialista, y las dictaduras militares que proliferaron en la década del 60 y continúan apareciendo en la del 70 en el Tercer Mundo, ofreciendo la garantía que el capitalismo norteamericano exige (como todo y cualquier capitalismo) en su ávido proceso de expansión.

Con respecto al dólar, ¿en su crisis y en su desvalorización de hecho no estarán los dedos invisibles de los grandes capitalistas norteamericanos, cuyas multinacionales dominadas por ellos operan en el ámbito mundial, especulando dónde y con lo que sea posible, independiente de nacionalidades y de patriotismos?

Una vez más, es el propio Mandel el que nos ofrece los mejores argumentos para llevar adelante la crítica a su tesis. Él dice en un artículo publicado en la *Intercontinental Press*, el 24 de mayo de 1971, cuyo título es "La Franca Declinación del Dólar" (*op. cit.*, p. 114):

Si el dólar está en crisis no es porque se deprecie. Se debe ante todo a que se deprecia más rápido que las demás monedas (ante todo el marco alemán y el franco suizo). No es la especulación, sino el ritmo desigual de la inflación, lo que ha producido por fin el derrumbe del sistema basado en los tipos de cambio fijos establecidos en Bretton Woods.

El aspecto más notable de este asunto es que los especuladores principales han sido las compañías multinacionales; esto es, ante todo las grandes compañías norteamericanas con sus numerosas subsidiarias en el extranjero. *Así, son los capitalistas estadounidenses mismos los que especulan con el dólar (o sea contra él), así como fueron los capitalistas británicos los que especularon contra la libra hace cinco años. Los capitalistas sólo tienen una verdadera patria: el ámbito de las ganancias más rápidas posibles (el cursivo es del autor).*

Las críticas que hemos hecho no tienen la intención de oscurecer ni funcionar como ideología encubridora de la problemática del capitalismo "norteamericano", de sus intensas contradicciones, de sus luchas internas. Ni de negar su historicidad. Lo que queremos refutar es la visión equivocada de los hechos, los optimismos falaces que pueden conducir a estrategias políticas desastrosas. Lo que queremos es llamar la atención sobre la verdad meridiana de que la problemática del capitalismo denominado norteamericano no es particular de este país, sino que es fundamentalmente la problemática del sistema capitalista desarrollado que desencadena fuerzas tan poderosas que ya no las puede controlar, como un nuevo aprendiz de brujo. Lo que queremos afirmar es que no es por los antagonismos entre

imperialismos, ni por las diferencias entre intereses particulares intraclases, que ocurrirá la revolución socialista.

En este punto ya estamos tocando en la segunda crítica a la tesis mandeliana que eligimos para el análisis. Esta crítica llama la atención por el énfasis dado por Mandel a la lucha entre imperialismos y al papel de partera del socialismo que le atribuye. No es la lucha entre las burguesías de los países imperialistas lo que va a dinamizar eficazmente el inicio del proceso de desenlace del sistema capitalista. Las burguesías se diglanean al nivel de los intereses no fundamentales y cuando no hay el riesgo de una acción contrapuesta de su verdadero enemigo, el proletariado, que —por paradójico que pueda parecer— es, al mismo tiempo, su razón de ser.

En los momentos cruciales, por decisivos, no existen alianzas posibles entre proletarios y burgueses, sino entre las diferentes camadas de la burguesía o entre las burguesías de los diferentes países, hecho que ahora es más fácil que nunca debido a la existencia de las multinacionales que han establecido ligazones más efectivas, tal vez indestructibles, entre ellas y que las tornaron cada vez más interdependientes. De esto deviene que es una quimera la alianza admitida por Mandel entre URSS y los países imperialistas de Europa contra el imperialismo norteamericano. Ella fue una vana amenaza sólo de la Francia golista. Estos países nombrados imperialistas no son tan ingenuos como para que ellos mismos preparen su sepultura, al fortalecer más al enemigo común y destruir al más grande gendarme del mundo capitalista donde están integrados.

La premisa básica de que de la actuación del proletariado en la lucha contra la burguesía y de las contradicciones objetivas de ésta va a depender siempre la realización del proceso histórico de superación del capitalismo y su sustitución dialéctica, constituye una verdad comprobada por la praxis.